

Caminar juntos hacia la fraternidad de hijas e hijos de Dios por el camino que es Jesús de Nazaret

Pedro Trigo, S. J.
Caracas, Venezuela

Una Iglesia sinodal es un término nuevo en el ambiente cristiano, cuyo contenido no está establecido, aunque muchos practican la sinodalidad. Por eso, lo primero es comprender en qué consiste una Iglesia sinodal. Si lo tenemos claro y vemos que Dios nos lo pide, podremos desearlo y encaminarnos hacia ese modo de ser Iglesia, cambiando en nosotros todo lo que veamos que hay que cambiar en nuestro modo de vivir el cristianismo y, desde este cambio personal, cambiar lo que en nuestros trabajos no conduce a la meta deseada. La conversión personal es fundamental y, si es auténtica y consistente, transformará las prácticas. Por eso, es necesario acometer las dos tareas, según el *Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, ya que “si no se encarna en estructuras y procesos, el estilo de sinodalidad fácilmente decae del plano de las intenciones y de los deseos al de la retórica, mientras los procesos y eventos, si no están animados por un estilo adecuado, resultan una formalidad vacía” (DP 27)¹. En este artículo desarrollaré la primera tarea, porque ha sido desatendida, en este periodo de preparación y de puesta en marcha del sínodo, y porque es el fundamento de todo.

Así, pues, conviene empezar explicando qué es la sinodalidad no solo porque el término es nuevo en el medio cristiano actual, sino y sobre todo, por el peso de una experiencia de signo contrario. Así lo reconoce el *Documento preparatorio*: “La Iglesia entera está llamada a confrontarse con el peso de una cultura impregnada de clericalismo, heredada de su historia, y de formas de ejercicio

1. Sala Stampa della Santa Sede, *Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (Ciudad del Vaticano, septiembre de 2021). A partir de ahora, referido como *DP*.

de la autoridad en las que se insertan los diversos tipos de abuso (de poder, económicos, de conciencia, sexuales)” (DP 6). Por eso, el *Vademécum para el sínodo sobre la sinodalidad*² insiste en que la finalidad del sínodo no es hacer un documento, sino ejercitarse consciente y sistemáticamente en lo que debe ser el modo normal de vivir y de ejercitar la misión³. De esa manera, el sínodo será también la mejor contribución a la sociedad.

La capacidad de imaginar un futuro diverso para la Iglesia y para las instituciones a la altura de la misión recibida depende, en gran parte, de la decisión de comenzar a poner en práctica procesos de escucha, de diálogo y de discernimiento comunitario, en los que todos y cada uno puedan participar y contribuir. Al mismo tiempo, la opción de “caminar juntos” es un signo profético para una familia humana que tiene necesidad de un proyecto compartido, capaz de conseguir el bien de todos (DP 9)⁴.

Ahora bien, aunque la institución eclesiástica establecida ha desconocido la sinodalidad, incluso se ha teorizado expresamente contra ella⁵, se han dado, y no como excepción, experiencias de caminar juntos. Es importante evocarlas para no partir solo de experiencias negativas:

-
2. Secretaría General del Sínodo de los Obispos, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión. Vademécum para el sínodo sobre la sinodalidad* (Ciudad del Vaticano, septiembre de 2021). A partir de ahora, citado como *V*.
 3. “La sinodalidad no es tanto un acontecimiento o una consigna como un estilo y una forma de ser por la que la Iglesia vive su misión en el mundo” (V 1.3). “La fase diocesana está destinada a ofrecer a tantas personas como sea posible una experiencia verdaderamente sinodal, de escucha de los unos a los otros y caminar juntos, guiados por el Espíritu Santo” (V 4.1).
 4. El *Documento preparatorio* expresa, desde el comienzo, que el sínodo es un entrenamiento de lo que debe ser la vida cristiana: “caminando juntos, y juntos reflexionando sobre el camino recorrido, la Iglesia podrá aprender, a partir de lo que irá experimentando, cuáles son los procesos que pueden ayudarla a vivir la comunión, a realizar la participación y a abrirse a la misión. Nuestro ‘caminar juntos’, en efecto, es lo que mejor realiza y manifiesta la naturaleza de la Iglesia como Pueblo de Dios peregrino y misionero” (DP 1).
 5. Así lo expresó Pío X, de cuya buena voluntad no podemos dudar: “La Iglesia es, por la fuerza misma de su naturaleza, una sociedad desigual. Comprende dos categorías de personas: los pastores y el rebaño, los que están colocados en los distintos grados de la jerarquía, y la multitud de los fieles. Y estas categorías hasta tal punto son distintas entre sí, que solo en la jerarquía residen el derecho y la autoridad necesarios para promover y dirigir a todos los miembros hacia el fin de la sociedad. En cuanto a la multitud, no tiene otro derecho que el de dejarse conducir y seguir dócilmente a sus pastores”; citado por R. Velasco, *La Iglesia de Jesús. Proceso histórico de la conciencia eclesial*, pp. 170-171 (Estella, 1992). Como se ve, esta postura es la negación más absoluta de la sinodalidad.

no se puede evitar la referencia a las experiencias de sinodalidad ya vividas, a diversos niveles y con diferentes grados de intensidad: los puntos de fuerza y los éxitos de tales experiencias, así como también sus límites y dificultades, ofrecen elementos valiosos para el discernimiento sobre la dirección en la que continuar avanzando (DP 25).

1. ¿Por qué empezar por el sentido humano de la sinodalidad?

Es necesario empezar por el sentido humano de la sinodalidad, porque el cristianismo, aunque se haya revestido de religiosidad, por inculturación o, más frecuentemente, por aculturación⁶, no es una religión, en el sentido de constituir un sector separado del resto por sus templos, sus sacerdotes y sus sacrificios. Esto no obsta, sin embargo, para influir en ese resto.

Jesús realizó su misión en la vida y sus seguidores también, aun cuando esa vida tenga expresiones simbólicas como el bautismo y la cena del Señor. Él mismo lo teorizó de esa manera. Dijo haber venido para que tuviéramos vida y para que esa vida abundara (Jn 10,10). Más aún, dijo que él era la vida (Jn 14,6) y que había venido al mundo para comunicarnos esa vida. Jesús era plenamente humano y vino a entregarnos esa humanidad: la humanidad fraterna del Hijo único de Dios, para que también nosotros pudiéramos vivir la fraternidad de las hijas e hijos de Dios y fuéramos así plenamente humanos.

Si se trata de ser plenamente humanos, comenzaremos por lo que significa la sinodalidad para los seres humanos. Luego, especificaremos el modo cristiano de vivir humanamente.

Sinodalidad viene del griego *σύν* (*sin*), que significa con, y *ὁδός* (*odos*), camino. Por tanto, la sinodalidad es la vida entendida como caminar con otros, caminar juntos, lo que se entiende que es con todos. Pero, ante todo, quiere decir caminar y más específicamente vivir caminado. Este modo de vivir presupone que la vida es camino y no instalación, ni en uno mismo y los suyos, ni en su querencia, ni en el orden establecido, ni en una institución sacralizada.

Adicionalmente, sinodalidad dice que ese camino, para llegar a su meta, es decir, a constituirnos como seres con calidad humana, no lo realiza cada quien por separado, sino que lo realizamos juntos. Si no es así, podremos llegar a adquirir grandes cualidades y riquezas, poder e influencia, pero nos deshumanizaremos. Tener grandes éxitos no equivale, de ningún modo, a humanizarnos.

6. En la inculturación, lo trascendente del cristianismo funciona como absoluto y la cultura como relativa; en la aculturación, ocurre lo contrario: la cultura es el frasco y el cristianismo es solo lo que cabe en él.

1.1. Para llegar a ser humanos, tenemos que caminar y hacerlo por el buen camino

La existencia humana es camino, ante todo, porque la temporalidad modula lo humano. El ser humano es temporal. Es concebido y se gesta en el seno de su madre; nace, crece, llega a la adolescencia y, posteriormente, a la juventud y se hace adulto; luego, transita a la tercera edad y, más tarde, a la vejez, a la decrepitud y muere. Eso, si realiza el ciclo completo, porque, con cierta frecuencia, fallece en alguna de las etapas intermedias. El ser humano siempre está en tránsito, un tránsito unidireccional: del nacimiento a la muerte. No tiene marcha atrás. Así, pues, está en camino, en camino constante y hacia delante.

La edad no le adviene a un ser ya hecho, sino que indica el proceso de hacerse. No solo el cuerpo se desarrolla, se vigoriza, se consolida, se desgasta, se debilita, se desestructura, se enferma y se muere. Todo el ser humano se va descubriendo a sí mismo y va decidiendo qué hacer con su vida. Así, se entraña en la realidad o se encierra en sí mismo y en su mundo. Otra posibilidad es dejar que la vida lo viva, o vivir como simple elemento del orden establecido. Si no cambia de orientación y se rehace, se echa a perder...

Estamos en camino, porque no estamos hechos y porque la realidad de la que formamos parte también está abierta y en proceso. La realidad es una estructura dinámica⁷, nunca completamente estructurada, ni cerrada, sino abierta y en proceso: da de sí. Estamos humanamente abiertos. Nuestros actos nos van edificando y, por tanto, definiendo. Sin embargo, ningún acto, ninguna decisión, nos totaliza. Siempre podemos desdecirnos o cambiar de rumbo. El modo humano de ser es ser siendo⁸. El que siempre tengamos que construirnos porque, si no lo hacemos, nos desdibujamos, indica que los seres humanos estamos en camino de hacernos y que no podemos dejar de caminar. Eso significa que estamos siendo: la necesidad de la iteración constante como modo de ser.

Ahora bien, podemos caminar en varias direcciones: con nuestros actos podemos humanizarnos o deshumanizarnos. Los actos humanos son ambivalentes, es decir, nuestro caminar nos puede llevar a la perdición o a la salvación, a realizarnos como humanos o a deshumanizarnos. Tenemos, por tanto, que definir nuestro camino, pero nunca lo definimos del todo. Lo definimos en cada decisión y en cada acción, aun cuando unas tienen más consistencia que otras, ninguna nos define. Todas nuestras decisiones y acciones están abiertas a otras, que confirmen la anterior o la contradigan.

7. X. Zubiri, *La estructura dinámica de la realidad* (Madrid, 1989).

8. I. Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*, p. 345 (San Salvador, 1999).

El problema estriba en que para la dirección dominante de la figura histórica, el camino humano deseable conduce al éxito o a la autorrealización, pero ese camino no lleva, de ninguna manera, a la realización de seres humanos cabales. El problema ya se daba en tiempos de Jesús y se lo plantearon reiteradamente. Según los apóstoles, si venía como enviado de Dios, su poder debía impulsar la derrota de los romanos y de los judíos colaboracionistas e instaurar el reino invencible de los santos de Dios (Mt 16,21-22; Hc 1,6; Lc 24,19.21). Según Jesús, imponerse era incompatible con su humanidad y con la humanización de los seres humanos (Jn 18,36-37; Mc 10,42-45). Los dos caminos son incompatibles. Y lo más grave fue que el camino deshumanizador no se lo propusieron sus enemigos, sino sus íntimos, escogidos por él mismo y, en definitiva, por su Padre, para que lo acompañaran y prosiguieran su misión (Mc 3,14).

Jesús no acumuló fuerzas para derrotar a los gobernantes de su época, sino que salió de su casa, dejó a su familia y su trabajo y se fue a vivir su camino —“El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Lc 9,58). Vivió en el camino sin angustia, ni depresión, porque vivió con todos y junto con los que vivían también en el camino, los sin techo. Las relaciones fueron su querencia. Relaciones de entrega de sí horizontales, gratuitas y abiertas. Si dio todo y se dio por entero a sí mismo, también recibió. Todos los días, recibía comida y alojamiento, aunque algunos días no habría comido y habría dormido mirando las estrellas. El dar y el recibir eran completamente libres, como una expresión de amor. Con ese modo de caminar juntos, instauró la reciprocidad de dones como alternativa al romano *do ut des*, te doy para que me des, que imperaba entonces y sigue siendo propuesto por el orden establecido.

El problema estriba en que las cualidades humanas no coinciden con la calidad humana. Si nuestros actos se encaminan a la cualificación para tener un mejor puesto y más riqueza y poder, tal como propone el orden establecido, dejamos de lado la calidad humana. Cuanto más nos empeñemos en ese camino, más la sacrificamos. La dirección dominante de la cultura occidental, al identificar la meta humana con la adquisición de cualidades funcionales al sistema, ha desconocido cualquier otro planteamiento. Esas cualidades se publicitan por doquier y constituyen, muy expresamente, la meta de la educación formal⁹. Por tanto, muchos se encaminan a adquirir la excelencia en estos campos y a mantener, y si es posible a mejorar, su posición actual, lo cual no es nada fácil, dada la competencia universal.

Por ese camino no se alcanza la calidad humana, sino la representación eximia de la cultura dominante. Sin embargo, el ser humano con calidad

9. Por ejemplo, eso es lo que se llama calidad educativa, incluso, no pocas veces, en la educación católica.

humana no cabe en ninguna cultura, porque en todas ellas, al menos desde que existe la división del trabajo, existen principios de jerarquización y de exclusión. Existe el arriba y el abajo, el de dentro y el de fuera. Las personas, en cambio, llegan a serlo por la relación de entrega de sí mismas horizontal, gratuita y abierta, sin excluir a nadie¹⁰. La respectividad positiva está anclada en la constitución personal¹¹. La persona no se afirma a sí misma como tal sí, en el acto de afirmarse, no afirma a los demás¹².

Ninguna cultura está estructurada a base de este tipo de relaciones. Sin embargo, el camino hacia la humanización solo puede ser recorrido en una determinada cultura, porque somos seres culturales. Por tanto, es necesario transformar aquello que impide la humanización desde el interior de esa cultura. Una postura que tiene grandes costos y que, en consecuencia, requiere de una decisión firme y de una auténtica hambre de humanidad para persistir en ese camino. Por eso, Jesús nos dice que el camino que lleva a la perdición es ancho y muchos entran por él; en cambio, el camino que lleva a la vida es angosto y pocos lo encuentran (Mt 7,13-14).

Así, pues, estamos en camino, porque tenemos edad, y estamos siempre en proceso de hacernos. Pero estamos tan abiertos, que nuestros actos pueden edificarnos como seres humanos o deshumanizarnos. Por tanto, tenemos que elegir el camino que conduce a la humanización y no el que nos deshumaniza. La tarea no es nada fácil, porque el orden establecido difunde por todos los medios posibles el camino de la cualificación que lleva al éxito, pero silencia que esa vía lleva a la deshumanización. La realización auténticamente humana se encuentra, insistimos, en la entrega gratuita, horizontal, abierta y sin exclusión, de nosotros mismos.

Afirmar que somos seres humanos en camino, excluye, por un lado, que no seamos humanos y, por otro lado, que ya hayamos alcanzado la humanidad. En efecto, somos humanos, pero en ciernes y en proceso. El modo de ser humano es estar haciéndose humano, lo cual incluye la posibilidad de estar deshumanizándose. Así, pues, es posible pasar de un camino al otro.

10. P. Trigo, "Ser humano", *SIC* 829 (2020), 403-414.

11. "Soy personalmente en la apertura a los demás. No son dos cosas ser persona y tener físicamente un ser común con los otros, sino que tener un ser común con los otros pertenece a mi modo de ser persona, definida como apertura real a mi propia realidad, vertida desde sí misma a las otras personas" (I. Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*, o. c., p. 388).

12. P. Trigo, "Afirmarse como seres humanos y afirmar a todos los seres humanos: vocación y misión de todos los seres humanos", *Iter Humanitas* 17 (2012), 105-146.

Este modo de ser humanos se aclara si consideramos que todos somos imágenes de Dios. Dios no es un ser, en el sentido estricto de ser una sustancia perfectamente constituida, que actúa. Dios es “actualidad pura”¹³, es decir, la acción es su modo de ser Dios. No una acción reiterada, sucesiva, sino pura acción sin tiempo.

Nosotros no somos dioses, pero sí imágenes de Dios y, en cuanto tales, nuestro modo de ser humanos, es decir, propiamente humanos, con calidad humana, se da también a través de la acción. No obstante, a diferencia de Dios, nuestra acción no es infinita y, por tanto, no consigue sus fines de una vez por todas. Siempre necesita ser reiterada, ya que, sin actuar es imposible ser humano. En ese caso, solo se es un animal muy evolucionado. Y si la acción es poca o de poca calidad humana, el agente es poco humano. Además de la reiteración, es necesario precisar el camino, porque la acción es tan abierta, que puede llevar tanto a la humanización como a la deshumanización. Dicho de otra manera, ser siendo no significa que primero se es y luego se actúa, sino que la acción es la que hace ser, humano o inhumano. Luego, para constituirse en humano, hay que actuar siempre y en la misma dirección humanizadora. Así, pues, somos humanos, pero siendo. Lo vamos siendo a medida que actuamos la humanidad y solo si actuamos humanamente.

La prueba mayor de que para el Dios cristiano el modo humano de ser es siendo, se encuentra en el evangelio de Lucas. En dos ocasiones, el evangelista afirma que Jesús crecía no solo en edad, en estatura y en fuerza, sino también en sabiduría, ante los seres humanos y ante Dios (Lc 2,40.52). Jesús no se las sabía todas, sino que, como todos, tuvo que aprender. Y, al ser humanamente el Hijo eterno de Dios, creció en gracia. Como se hizo ser humano verdadero, como la carne no era la envoltura para que lo viéramos y para padecer por nosotros, y como se hizo realmente carne, Jesús creció y vivió creciendo. En la cruz, donde culminó como ser humano, fue cuando más creció, porque no murió aterrizado, ni rabioso, ni resignado, sino llevándonos a todos en su corazón, pidiendo a su Padre por los que lo habían condenado y lo estaban torturando, y poniéndose en manos de su Padre, cuando experimentaba el abandono. Jesús creció y vivió haciéndose humano, cada vez más humano, tan humano como solo el Hijo de Dios pudo serlo. Vivió haciéndose humano, humanizándose. Si queremos constituirnos en seres humanos, ese es el camino que hemos de recorrer.

El poeta ya lo dijo: “Caminante, no hay camino / se hace camino al andar”¹⁴. Evidentemente, hay muchos caminos, o propuestas societarias. Pero solo hay

13. “*Actus purus*” es la expresión de Tomás de Aquino, en *Summa Theologiae* I,q9,1; q12,1; q14,2 ad3; q50,2 ad3; q54,1; q75,5 ad4; q87,1; q90,1; q115,1 ad 2.

14. A. Machado, *Proverbios y cantares* (XXIX).

camino cuando se camina. Se hace camino al caminar. Y la definición de ese camino viene dada por la dirección tomada al caminar y por el modo de caminar. Asimismo, el camino es unidireccional, no tiene marcha atrás. Por eso, el poeta agrega: “y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar”. El camino es solo hacia adelante. El siguiente paso consiste en especificar, algo que la poesía no hace, pero sí la vida del poeta, que el camino puede humanizar o deshumanizar, lo cual se decide en el mismo caminar.

1.2. Para llegar a ser humanos, tenemos que caminar juntos

El camino de humanización se realiza con otros, recibiendo su entrega personal y entregándose a ellos. Cabe subrayar que cada ser humano comienza su vida recibiendo. En sentido estricto, somos hijos.

Existen, y siempre existirán, diferencias en capacidad, en poder, en posesión y en influencia. Pero esas diferencias no pueden convertirse en una fuente de jerarquización, de discriminación y de exclusión. En lo fundamental, todos somos seres dignos y así nos debemos tratar, lo cual implica que las diferencias deben traducirse en un servicio más cualificado. Por tanto, nadie debe creerse superior a los demás, ni discriminarlos y menos explotarlos. Tampoco se debe aceptar, de entrada, la subordinación, el trabajo incansable para ascender en la escala social, ni la vida deprimida, resentida o rabiosa por causa de la discriminación, sentida como insuperable. La vida debe ser vivida con libertad liberada, venciendo al mal a fuerza de bien.

“Caminar con” no significa solo habitar simultáneamente el mismo espacio. Ni siquiera vivir bajo las mismas leyes y el mismo pacto social. Tampoco significa la uniformación alrededor de un líder, una organización o un proyecto. Caminar juntos, tal como propone Jesús de Nazaret, no es seguirlo dejando de ser uno mismo para ingresar en una masa uniforme, en torno a él, de manera que todos digan, piensen y sientan lo mismo, como si se tratara de consignas.

Existe certeza histórica de que ese no fue el liderazgo de Jesús. Él hablaba en el templo ante miles de judíos y, en las fiestas, los soldados romanos observaban desde la torre Antonia. Si Jesús hubiera galvanizado a la gente, convirtiéndola en una unidad compacta en torno a él, la cual coreaba sus gestos y sus consignas, ahí mismo lo hubieran matado, porque un entusiasmo tan masivo habría representado un gravísimo peligro para la seguridad¹⁵. No actuaron contra él, porque Jesús no dictaba consignas, sino que daba en qué pensar.

15. Naturalmente, no lo habrían matado mientras hablaba a la multitud, porque se habría producido un tumulto. Habrían esperado a que acabara de hablar y a que la gente se dispersara para apresarlos.

Buscaba que la gente le echara cabeza a sus propuestas y que decidiera por sí misma. Jesús no masifica, sino que personaliza.

“Caminar con” tampoco significa hacer lo que todos hacen, ser un simple miembro de un conjunto, o como dice el dicho: “dónde va Vicente, donde va la gente”. Ni, más elementalmente, dejar que la vida lo viva a uno, “como vaya viniendo, vamos viviendo”, tal como decía un personaje de una telenovela famosa en Venezuela, en la última década del siglo pasado¹⁶.

En definitiva, caminar juntos no es convertirse en una masa uniforme. Sino vivir abierto a todos, en respectividad positiva. Consiste en poner en común nuestros haberes para conformar cuerpos sociales personalizados y en tratar a todos fraternalmente: a los padres como hermanos padres, a las esposas como hermanas esposas, a los hijos como hermanos hijos, a los compañeros y amigos como hermanos compañeros y amigos, a los desconocidos como hermanos desconocidos y a los adversarios como hermanos adversarios. El trato fraterno nos constituye en hermanos.

Lo decisivo es caminar y hacerlo juntos por el camino de la humanización. No es el camino propuesto por el orden establecido. De ahí que, elegir el camino de la humanización implica costos permanentes, que tenemos que estar dispuestos a pagar, si queremos ser realmente humanos.

1.3. Tareas derivadas de este modo de ser humano

El modo de ser humano ha de realizarse en el orden social que lo desconoce y lo contradice. El primer paso consiste en entendernos y asumirnos tal como somos. Nuestro ser está hecho de tiempo¹⁷ y por eso es procesual. Más aún, está en el mundo¹⁸, no en sí mismo, como una mónada. Por eso, su procesualidad no depende solo de él, sino de la red de relaciones que configura el mundo y todo el universo¹⁹. Ahora bien, una cosa es que seamos procesuales y otra que lo aceptemos y lo asumamos de manera consciente y responsable, de manera que, limitadamente, la dirijamos. No para detenerla o para hacer de nosotros aquello que soñamos, con independencia de lo que somos y vamos siendo. Sino para encauzarla y hacer que dé de sí sus mejores posibilidades. Más aún, si desciframos nuestra realidad y sus dinamismos y la asumimos como tal, podemos

16. La frase la repetía el personaje Eudomar Santos y la novela se titulaba *Por estas calles*. El guion es de Ibsen Martínez y la telenovela se proyectó entre 1992 y 1994.

17. Es la tesis de Heidegger en *Ser y tiempo* (1927).

18. Eso significa el *dasein* heideggeriano: ser-ahí. Según el uso del gerundio en latín, significa *estar haciendo algo ahí*.

19. Es lo que sostiene la *Laudato si'*.

crear nuevas posibilidades, aunque ancladas en lo que somos. En eso consiste la tarea humanizadora.

Sin embargo, esa tarea no da la pauta, ni marca el rumbo en nuestra América y en el mundo. La época actual está signada por los circuitos integrados y por el genoma humano, dos descubrimientos revolucionarios²⁰. Sus descubridores y desarrolladores están empeñados, ante todo, en encontrar la manera de no envejecer y de reparar el deterioro corporal. En el fondo, buscan la forma de vivir indefinidamente, mediante el retraso incesante de la muerte. No obstante, el sueño más radical, el cual ya está en proceso de realización, consiste en mejorar a la humanidad actual, en todo lo que se pueda²¹. La humanidad es tratada como materia prima para crear superhombres, con potencialidades inmensamente superiores a las actuales, y sub-hombres, seres con alguna cualidad desarrolladísima, pero sin voluntad y al servicio de los superhombres.

La procesualidad en marcha es muchísimo mayor de lo que vivimos y muy distinta de la que consideramos genuinamente humana, la cual tiene edad y, por tanto, en ella no tiene cabida la duración indefinida. La vida humana tiene sentido, incluso lo negativo puede ser asumido de manera positiva, como sabiduría de la vida, ya que el tiempo es unidireccional y no amorfo. Tiene edad y no se detiene, aunque puede ser redimensionado, tal como lo muestra, una generación antes de la nuestra, la aparición de la denominada tercera edad, una edad que antes no existía. Por eso, todas las experiencias son distintas y nada se repite. El tiempo sin edad, vacío, amorfo e indefinido engendraría un hastío insuperable. Sería el infierno²².

Ahora bien, el ser humano es una criatura de Dios., quien lo ha creado abierto y procesual. Pero no hasta el punto de carecer de entidad propia, sino como materia prima para que haga de sí mismo lo que quiera y lo que pueda. La entidad del ser humano no consiste solo en ser la especie más desarrollada del mundo animal, sino también, y, sobre todo, en ser imagen y semejanza de Dios, su creador. No pequeños dioses que se hacen a sí mismos, sino que todo lo que hagan sea expresión de amor. Si la creación fuera una causalidad eficiente, tendría sentido afirmar que la condición de imagen de Dios consiste en realizar la sabiduría y el poder, sobre los demás y sobre uno mismo. Pero como el ser humano ha sido creado por la relación constante de amor del Creador, una relación que pone fuera de sí a seres que no salen de él y que se mantienen delante

20. P. Trigo, "Discernimiento de la nueva época desde América Latina", *Revista Latinoamericana de Teología* 111 (2020), 248-281.

21. Ese es el sentido de la ingeniería genética.

22. Así lo visualizó convincentemente Jorge Luis Borges en el cuento "El Inmortal", en *El Aleph* (Buenos Aires, 1949).

de él, libres de sí, la realización de la imagen se da en todo lo que sea manifestación de amor y solo en ella.

La desnuda voluntad de poder, manifiesta en la pretensión de hacer de nosotros lo que queremos y podemos, no es más que pretender ser como nos imaginamos a Dios. Pero Dios no es así. Por tanto, esta pretensión es ilusoria y nos deshumaniza radicalmente. La ingeniería genética, como cualquier otra iniciativa orientada a la optimización, tiene sentido. No lo tiene la manipulación genética, que no respeta lo que somos, sino que lo rebaja a materia prima para aquello que se nos antoje hacer de nosotros. Somos seres abiertos, pero el amor, no la voluntad de poder, es lo que debe guiar el proceso de constituirnos con la mayor plenitud posible.

No somos mónadas que se desarrollan autárquicamente. Al contrario, estamos en el mundo, constituido por una red inextricable de relaciones abiertas. El papa Francisco insiste en ello, en la encíclica *Laudato si'*: “es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente” (*LS 240*)²³. Así, pues, nuestra procesualidad es un camino con otros. Podemos abstraernos de esa red, en la que *consistimos*, es decir, en la que estamos y caminamos con otros y que nos constituye, y pretender que solo nos relacionamos con quienes queremos, para lo que queremos y mientras queremos. Sin embargo, este individualismo, al que nos empuja la dirección dominante del orden establecido, es una ilusión, que no resiste el mínimo análisis. Desde nuestra concepción, somos el fruto de relaciones y somos completamente inexplicables sin esa tupida red de personas que han contribuido decisivamente a que seamos lo que somos y a que estemos donde estamos. Es muy triste vivir tan abstraídos de la realidad. Aunque no queramos reconocerlo, estamos siempre en respectividad múltiple y todos los otros nos afectan, incluso nos influyen de muchos modos, mientras nosotros también afectamos e influimos a otros.

Vivir como sujetos responsables es asumir esa respectividad y tratar de encauzarla lo más positivamente posible. Más aún, la condición de personas consiste en recibir las relaciones que nos constituyen y corresponder a ellas. En efecto, la cría humana es la más desvalida y, por eso, nace absolutamente autocentrada. Pero, muy pronto, si el amor de la madre es constante, comprende, intuitivamente, que otro conoce sus necesidades mejor que ella y está dispuesto a satisfacerlas. Entonces, se pone en sus manos, no solo físicamente, sino

23. *Cfr.* Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 11, art. 3; q. 21, art. 1, ad 3; q. 47, art. 3.

también se entrega. Es una relación de fe²⁴, surgida de la respuesta a la fe de la madre. Esa relación de entrega de sí, horizontal, gratuita y abierta, es la relación de fe, la que nos hace personas. E insistimos: es la respuesta a la fe que otros han tenido en nosotros.

Estas relaciones de fe que nos humanizan no ocurren en el ámbito dominante de esta figura histórica, donde solo existen contratos de compra y venta, como el contrato de trabajo. En teoría, son contratos privados, negociados voluntariamente por las partes; en la práctica, el que tiene más poder, impone sus condiciones. La publicidad, omnipresente, pone de manifiesto que el mundo es un mercado²⁵, donde todo se compra y se vende y donde los sujetos son seres autárquicos, que actúan desde sí y para sí mismos. Así, pues, existe una red inextricable de relaciones, pero orientadas a procurar lo que más conviene a cada uno, al costo más bajo. En el mundo privado, un residuo, pueden regir otro tipo de relaciones. Pero, de hecho, estas también tienden a asimilarse a las del ámbito público.

El mundo se deshumaniza cuando predominan las relaciones de mercado. Más aún, nos encaminamos al humanicidio²⁶. El desconocimiento de la lógica de la realidad, por privilegiar las preferencias, el máximo lucro y el poder, ha destruido el equilibrio ecológico y ha puesto en peligro a muchas especies, entre ellas, la humana. Se ha perdido de vista que la realidad es un sistema de sistemas abierto y que existimos porque consistimos en él. No somos seres autárquicos. Indudablemente, tenemos un poder enorme, pero no lo utilizamos para optimizar lo existente y, de esa manera, para optimizarnos nosotros, sino para explotar las “poderosidades de la realidad”²⁷, al margen de su lógica y su estructura. De esa manera, desestructuramos la cadena de la vida y destruimos nuestra humanidad y nuestras posibilidades de vida.

Si no cambiamos el rumbo y hacemos justicia a la realidad y a nuestro lugar en ella, así como a las relaciones que nos vinculan a ella y en las cuales consistimos, la trastornamos y nos deshumanizamos. Conviene insistir en que los individuos se constituyen en personas cuando reciben las relaciones de entrega de sí horizontales, gratuitas y abiertas, y al responder a ellas con el mismo tipo de relaciones. Así, pues, el caminar con otros de este modo nos personaliza;

24. P. Trigo, “Relación de fe”, en *Cómo relacionarnos humanizadamente*, pp. 10-27 (Caracas, 2012).

25. P. Trigo, “El mundo como mercado. Significado y juicio”, en *El neoliberalismo en cuestión*, pp. 303-319 (Santander, 1993).

26. M. Lacroix, *El humanicidio, ensayo de una moral planetaria* (Santander, 1995).

27. X. Zubiri, “Poderosidad es la dominancia de lo real”, en *El hombre y Dios*, p. 27 (Madrid, 1988).

el caminar de otro modo, nos despersonaliza. Tenemos, entonces, que caminar con otros, pero no de cualquier manera. Incluso en las relaciones mercantiles, si queremos que estas no nos despersonalicen, tenemos que buscar un binomio “mi provecho y tu provecho”²⁸, haciendo justicia a la realidad, y no solo considerar nuestra conveniencia. Por tanto, es necesario considerar el bien del otro y no solo el propio. En el fondo, nuestro bien no es un bien privado, sino un bien entregado y recibido, esto es, compartido. Solo así es un bien personal y personalizador.

La procesualidad humanizadora es, necesariamente, una expresión de amor. Por tanto, se expresa en las relaciones. Así lo concreta el Génesis: “a imagen de Dios los creó, varón y hembra los creó” (Gn 1,27). El paralelismo bíblico, la figura retórica más usual de la Biblia hebrea, significa que una idea se expresa en dos frases y que la segunda especifica, de algún modo, la primera. En este caso, la imagen de Dios no es el varón y la mujer por separado, sino la relación de entrega mutua de ambos, por la cual llegan a constituir una sola carne (Gn 2,24). Por eso, el Creador dice misteriosamente: “hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza” (Gn 1,26). Esto resulta evidente para los cristianos, porque Dios es Trinidad. No son tres que luego se relacionan, sino que la relación subsistente produce la diferencia, son tres, y al mismo tiempo, los mantiene unidos, en un solo Dios verdadero. Así lo explica el papa Francisco, en la *Laudato si'*:

Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones [...]. Esto no solo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica, a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad (*LS* 240).

Así, pues, la unión entre el varón y la mujer es el caso paradigmático de la solidaridad global, de la cual participamos y tenemos que asumir y ejercer. Este en el sentido cristiano, válido para todos los seres humanos, del caminar juntos, para humanizarnos.

28. Este es el nombre de una bodeguita de barrio, que me impresionó por su carácter humanizador.

2. La sinodalidad en el cristianismo

2.1. Caminar con todos como hermanos desde el corazón de Jesús

El sentido del camino, desde la perspectiva cristiana, tiene una dimensión mayor. Caminamos juntos porque Jesús nos ha unido en su corazón. Esto nos lleva, para poder hacernos cargo cabalmente, al acontecimiento donde esto se manifestó: el bautismo de Jesús. Juan lo bautizó con su bautismo de penitencia, en el horizonte del último y definitivo enviado de Dios que, según él, vendría pronto a juzgar a cada uno. Dios envió a Juan por delante para que todos se convirtieran, ya que no quería condenar a nadie. La mayoría del pueblo acudió en masa para ser bautizada. Juan estaba donde el río cubría bastante (Jn 3,23), mientras la gente aguardaba su turno en fila. Al llegar delante de él, confesaba sus pecados y Juan la sumergía en el río y luego la levantaba. Según este rito, el pecador se “ahogaba” y quien había confesado sus pecados y estaba decidido a vivir como Dios manda, salía “renacido”.

Jesús se puso en fila y cuando llegó su turno, confesó los pecados con más dolor que todos los pecadores de la historia juntos. Los confesó en primera persona de plural, porque no se definió como un individuo, sino como el Hermano universal, porque nos había metido a todos en su corazón, en cuyo centro estaba su Padre: tenía el corazón desgarrado. Al subir del río, dice el evangelio, vio cómo el cielo se abría²⁹, es decir, se hizo cargo de que su Padre había aceptado su confesión y había perdonado al Hermano universal, y, en él, nos había perdonado a todos. Así, pues, mientras Jesús no nos eche de su corazón, estamos perdonados, y no nos echará, porque prefirió morir como Hermano, a seguir con vida sin nosotros. Por eso, cuando su Padre lo recreó en su seno, recreó al Hermano: en él estamos ya realmente en la comunidad divina³⁰.

Al aceptarme en el corazón de Jesús, vivo y camino, en seguimiento suyo, con los demás, es decir, con todos aquellos que están conmigo en su corazón. Si excluyo a alguien, me excluyo a mí mismo de su corazón, porque él no echa al que me cae mal o al que no es de los míos, ni siquiera excluye al que hace mucho daño.

El cristiano consecuente camina desde el corazón de Jesús, es decir, como su hermano, y, por tanto, lo sigue. Por eso mismo, camina con todos aquellos a quienes considera hermanas y hermanos en Cristo, quien los hermana. Para el cristiano consecuente, caminar con todos es una misión sagrada, porque su

29. Literalmente: se rasgaba (Mc 1,16; *cfr.* 15,38).

30. P. Trigo, *Jesús nuestro hermano*, pp. 34-43 (Maliaño, 2018).

condición de hermano de todos es también sagrada³¹. Evidentemente, la relación fraterna es diversificada. Es distinto ser hermano de un cristiano que ser hermano de la esposa, del desconocido o del adversario. Sin embargo, en todos los casos, el ser hermano es lo absoluto, mientras que la otra cualificación se ajusta para conducir eficazmente esa condición fraterna.

La sinodalidad, para el cristiano, es, por tanto, una característica esencial. Si no camina con todos, no es cristiano. Pero para serlo consecuentemente, ha de caminar como hermano en Cristo, lo cual es diferente a caminar como hermano de sangre, de complacencia, de interés y, por supuesto, a caminar como paisano, socio o correligionario. Se trata, específicamente, de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, en Jesús, el Hijo único de Dios y el Hermano universal. Y, por tanto, de una fraternidad que se va dando en su seguimiento y con su mismo Espíritu. Esto, aunque solo los cristianos lo sabemos, vale para todos, porque, al ser resucitado Jesús, su Espíritu fue enviado “sobre toda carne” (Hch 2,17; *cfr.* Jl 2,28).

La primera referencia de la fraternidad cristiana es, pues, su universalidad, porque Jesús nos lleva a todos en su corazón. Se trata de caminar hacia una verdadera familia de pueblos, en la cual todos seamos auténticamente hermanos y nos ayudemos como tales en una sinergia constante, transida de emulación. La sinodalidad, por tanto, supone la sinergia, la confluencia de esfuerzos. Es una sinergia hacia una meta que todavía no existe, la familia de pueblos, pero no es algo caprichoso. Entraña hacer justicia a la realidad, haciendo que dé de sí superadoramente. Se trata, por tanto, de un camino mancomunado, en el cual cada uno pone lo mejor de sí, constructiva y creativamente.

No se parte de la nada, sino desde una situación y desde una institucionalidad que niega absolutamente la fraternidad, ya que solo concibe individuos que se relacionan con quienes quieren, para lo que quieren y mientras lo quieren. Por tanto, *este* caminar tiene que vencer obstáculos formidables, tal como lo reconoce el *Documento preparatorio*:

es necesario tener presente el modo en que repercuten, dentro de la comunidad cristiana y en sus relaciones con la sociedad, las fracturas que caracterizan a esta última, por razones étnicas, raciales, de casta o por otras formas de estratificación social o de violencia cultural y estructural. Estas situaciones tienen un profundo impacto en el significado de la expresión “caminar juntos” y en las posibilidades concretas de ponerlas en acto (*DP* 8).

31. *Cfr. Fratelli tutti.*

En palabras de la Comisión Teológica Internacional, este caminar exige, nada menos, que “el tránsito pascual del ‘yo’, entendido de manera individualista, al ‘nosotros’ eclesial, en el que cada ‘yo’, estando revestido de Cristo (*cf.* Gal 2,20), vive y camina con los hermanos y las hermanas como sujeto responsable y activo en la única misión del Pueblo de Dios”. “Sin conversión del corazón y de la mente, y sin un adiestramiento ascético en la acogida y la escucha recíproca, de muy poco servirían los mecanismos exteriores de comunión, que podrían hasta transformarse en simples máscaras sin corazón ni rostro”³².

Ahora bien, desde la perspectiva cristiana de la fraternidad universal, ¿qué papel específico juega la fraternidad entre los cristianos? Antes de responder a esta cuestión, conviene señalar el sentido y la necesidad de la sinodalidad en la práctica cristiana.

2.2. Ir haciéndonos cristianos con otros

Los cristianos somos seres humanos y, en cuanto tales, no estamos hechos aún. Nos convertimos, decidimos seguir a Jesús y vivir consecuentemente como cristianos, pero esto no implica que ya lo seamos. Tenemos que ir haciéndonos cristianos, a lo largo de toda nuestra vida. No solo porque ningún acto nuestro nos totaliza, ya que, mientras vivamos, estamos en camino de constituirnos, sino porque podemos desdecirnos.

No obstante, Jesús nos ha aceptado ya como hermanos suyos y, por tanto, Dios nos ha aceptado como hijas e hijos en el Hijo. Pero no lo seremos plenamente hasta que no respondamos al sí de ellos con nuestro propio sí. Un sí que no es una realidad solo verbal, sino que requiere de una conversión, para considerar a Jesús como nuestro Hermano mayor y, consiguientemente, a Dios como Padre y a los demás como hermanas y hermanos. Por tanto, las relaciones deben buscar esa transformación y todo debe ser expresión de ellas. El proceso no se acaba. Mientras vivamos, somos seguidores de Jesús, hijos de su Padre y hermanos de todos. No solo no acabamos de serlo del todo, sino que podemos retroceder. De ahí que siempre estemos en camino para hacernos cristianos, lo cual implica tanto lo que somos actualmente como lo que aún no acabamos de ser, es decir, lo que somos en ciernes³³, en camino a serlo.

32. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 107 (Roma, 2018).

33. Según la Real Academia Española, “en ciernes” significa “estar muy a sus principios, faltarle mucho para su perfección”.

Ese es el sentido diacrónico de la parábola de la semilla. Empecemos por el sentido sincrónico. Jesús hablaba y entre los que lo escuchaban había quienes no le prestaban atención. Por eso, la semilla no llegaba a su corazón. Otros se abrían a lo que decía, pero al regresar a su medio, se distraían con otras propuestas incompatibles y la Palabra no echaba raíces en ellos. Otros se abrían y cultivaban lo escuchado, pero también cultivaban otras propuestas incompatibles y, a la larga, la Palabra quedaba ahogada. Finalmente, otros escuchaban con todo el corazón y daban fruto, incluso un fruto óptimo. Sin embargo, según el sentido diacrónico de la parábola, podía suceder que los distraídos volvieran sobre sí y cultivaran la Palabra con asiduidad; que los que la acogieron con un corazón mezquino, se volvieran generosos y fieles; que los de corazón dividido se unieran en torno a la Palabra; y, desgraciadamente, que los fieles se dividieran o se distrajeran.

Dios se los aclara a los israelitas, por medio del profeta Ezequiel. Estos pensaban que no tenían remedio, porque sus antepasados habían abandonado la alianza. Según su interpretación, la condena que sus padres habían merecido por su infidelidad, la padecían ellos en el destierro. Decían: “los padres comieron uvas agrias y los hijos sufren dentera” (Ez 18,2). Pero Ezequiel les comunica, de parte de Dios, que no solo nadie carga con las culpas de los antepasados, porque cada uno carga con el resultado de sus acciones, sino que, si el malvado se arrepiente y guarda el derecho y la justicia, “no se le tendrán en cuenta los delitos que cometió; por la justicia que hizo, vivirá” (Ez 18,22). Y, por otro lado, si el justo se aparta de la justicia, “no se tendrá en cuenta la justicia que hizo; por la iniquidad que perpetró, morirá” (Ez 18,24). En consecuencia, el justo no permanece en su justicia, ni el injusto en su maldad. Ambos pueden desdecirse. No estamos clausurados, sino abiertos y en trance de ser lo que somos. Por tanto, tenemos que actuar constantemente para afirmar lo que somos, pero también podemos cambiar de dirección con nuestras obras.

Al no estar hechos, tenemos que obrar incesantemente. Nuestras acciones pueden corroborar las anteriores, hasta convertirse en costumbre o incluso en fidelidad. Pero también podemos anularlas. Siempre, mientras tengamos vida, hemos de ir haciéndonos cristianos. En este sentido, el cristianismo es un camino que tenemos que recorrer sin detenernos, hasta llegar a la meta, que no se encuentra en esta vida, sino en la eterna. En esta vida siempre estamos en camino para hacernos cristianos.

Dado que ser cristianos es ser y vivir como hijos de Dios, en el Hijo, y como hermanos, en el Hermano universal, y si nos hacemos cristianos a través de las relaciones, llegamos a ser cristianos junto con los otros, sin excluir a nadie, porque a todos nos lleva Jesús en su corazón. En esto consiste radicalmente la sinodalidad.

La sinodalidad es anterior, no temporalmente, sino en radicalidad, a las distintas funciones y vocaciones eclesiales. Estas están para cualificar las relaciones primarias, las cuales, por eso mismo, son las únicas relaciones eternas. Dado que en esas relaciones, cada uno concurre como cristiano, para hacerse cristiano, al ejercitar su condición de cristiano junto con los otros, ejerce su vocación específica de manera concreta, es decir, con la vocación que cualifica su servicio. En mi caso personal, ejerzo como sacerdote y como religioso, pero no en cuanto tal, sino en cuanto cristiano. Me uno a los demás desde esa condición primaria.

La constitución *Lumen gentium* (32) define el ser cristiano a partir de la siguiente cita de Agustín: “Si me asusta lo que soy para ustedes, también me consuela lo que soy con ustedes. Para ustedes soy obispo, con ustedes soy cristiano. Aquel nombre expresa un deber, este, una gracia; aquel indica un peligro, este, la salvación” (*Serm.* 340, 1: PL 38, 1483). Ser cristiano con los demás es gracia y salvación. El cargo, en cambio, es un peligro. Según Agustín, ser obispo es la vocación recibida para cualificar el ser con los demás, pero también es un peligro, si la considera un honor que lo eleva sobre ellos. En ese caso, dejaría de caminar con los demás y ya no sería cristiano. Por tanto, si en el fuero interno me identifico con mi condición de sacerdote y religioso, ya no son cristiano. En la Iglesia, las tres vocaciones son funciones para cualificar el ser cristianos en común. Por eso, esas vocaciones duran lo que dura esta vida, lo que dura la función. En la otra vida, no habrá jerarcas, ni religiosos, ni laicos, sino hijas e hijos de Dios, y hermanas y hermanos en Cristo.

La sinodalidad, por tanto, no se refiere, en primer lugar, a la manera de tomar las decisiones. No se trata de tomar en cuenta a cada uno de los cristianos concernidos por la decisión. El *Vademécum* así lo expresa: “El proceso sinodal ya no es solo una asamblea de obispos, sino un camino para todos los fieles” (*V* 1.3). Decidimos entre todos, porque nos vamos haciendo cristianos con todos. Si nos recluimos en quienes piensan como nosotros o con quienes nos ayudan más, nos autoexcluimos del corazón de Jesús, porque en él estamos todos y Jesús no impulsa de él a nadie.

El orden establecido y el cristianismo establecido son similares. Aquel da por asentado que cada uno es él mismo y se hace a sí mismo, y que si ha concluido exitosamente los preparativos y se ha establecido en un buen puesto, ya está fundamentalmente hecho. A partir de ahí, lo único que debe hacer es progresar, sin dormirse en los laureles. El cristianismo establecido, por su parte, da por asentado que quien ha vivido el cristianismo con una coherencia básica, ya es cristiano. Lo único que tiene que hacer es mantener la vigilancia y seguir avanzando.

Un sacerdote, por ejemplo, ya es, obviamente, cristiano. El obispo es un cristiano hecho y derecho. Lo mismo que el religioso o la religiosa profesos, o un feligrés de toda la vida. Caminar para hacerse cristiano no tiene ningún sentido para ninguno de ellos. En consecuencia, si es generoso y no se abandona a sí mismo, se entregará incondicionalmente al ejercicio de su ministerio. Naturalmente, lo hará con otros y su ejemplo le ayudará, pero no para hacerse cristiano, sino para serlo cada vez más. Por eso, su relación con los demás es, fundamentalmente, una entrega de sí mismo (la *pro-existencia*), en el fondo, una relación unidireccional. El cristiano adulto con la misión de apacentar a los fieles es quien da, en el mejor de los casos, horizontalmente, incluso de manera humilde. Él da, mientras que los otros reciben. Puede que llegue a considerar a los otros presbíteros, aun a los laicos, como hermanos en Cristo. Pero siempre como cristiano adulto, no porque esté en camino de hacerse cristiano.

Este es el modo espurio de entender y de vivir el ser “hombres para los demás”, que Arrupe propuso a los jesuitas:

Nuestra meta y objetivo educativo es formar hombres que no vivan para sí, sino para Dios y para su Cristo; para Aquel que por nosotros murió y resucitó; hombres para los demás, es decir, que no conciban el amor a Dios sin el amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia y que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa, o incluso un ropaje farisaico que oculte nuestro egoísmo³⁴.

Este ser para los demás puede entenderse, ciertamente, con la mejor buena voluntad, como la entrega total de sí para ser completamente para ellos. La vida la recibimos de Dios y de Jesús y la entregamos como el único modo de poseerla, porque el amor solo se recibe cuando se da. Al igual que en el caso anterior, la relación es unidireccional. Una entrega, en el mejor de los casos, humilde, gratuita y horizontal. Pero, entonces, los demás no son nuestros hermanos, porque las relaciones fraternas son mutuas. Estamos, pues, ante la ausencia de sinodalidad, de caminar con los demás. Caminamos solo para ellos. No por egoísmo, sino, al contrario, por generosidad subjetiva que, inadvertidamente, supone que no los necesito. Sin embargo, esto no es verdad y, por esa razón, no es bueno.

Todo esto para decir que la propuesta de sinodalidad del papa Francisco como “el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”³⁵, es muy

34. P. Arrupe, “Discurso al X Congreso Europeo de Antiguos Alumnos”, Valencia, 1 de agosto de 1973.

35. Papa Francisco, “Conmemoración del 50.º aniversario de la institución del sínodo de los obispos”, Ciudad del Vaticano, 17 de octubre de 2015.

difícil que cale entre los cristianos y, más aún, en la institución eclesial. Es posible adoptar un método participativo a la hora de tomar decisiones. Es posible, incluso, tal como lo expresa el *Vademécum*, caminar juntos, que cada uno cumpla su papel tomando en cuenta a los demás y hasta llegar a una verdadera comunión con ellos.

La misión de la Iglesia requiere que todo el Pueblo de Dios esté en un camino, con cada miembro desempeñando su rol crucial, unidos entre sí. Una Iglesia sinodal camina hacia adelante en comunión para perseguir una misión común, a través de la participación de todos y cada uno de sus miembros (V 1.3).

No obstante, la mayoría parece no plantearse la sinodalidad como el camino para hacernos cristianos, mediante relaciones fraternas³⁶. Pese a ello, es el camino que Dios espera para la Iglesia, tal como lo declara el papa Francisco. Por eso, tenemos que hacer todo lo posible para plantearlo lo más explícita y convincentemente posible. Y, como Dios, esperar que llegue a ser una realidad.

Este es el mayor aporte, más aún, el aporte epocal de los cristianos a la humanidad. Y sin él, no parece posible la democracia real que el tiempo demanda como cuestión de vida o muerte.

2.3. Sacramento y embrión del mundo fraterno de los hijos de Dios

Ser cristiano es seguir explícitamente a Jesús de Nazaret como discípulo, enviado³⁷ a proseguir su misión, en la comunidad de hermanas y hermanos, cuyo origen se encuentra en los llamados por el mismo Jesús y a quienes se les apareció resucitado. Nosotros también hemos escuchado su mensaje, hemos creído en él y nos hemos unido al grupo para vivir como hermanas y hermanos en Cristo, para escuchar su Palabra en el evangelio y para recibirlo en la cena

36. El concepto de sinodalidad como camino para hacernos cristianos, mediante las relaciones fraternas, no está explicitado en los documentos oficiales relacionados con el sínodo. El *Documento preparatorio* insiste constantemente en “caminar juntos”, pero no aclara si somos los cristianos ya constituidos los que debemos caminar juntos o si tenemos que caminar juntos para ir haciéndonos cristianos. Tampoco explicita si el caminar juntos refiere a las distintas vocaciones del pueblo de Dios o a la condición de cristianos, común a todos y anterior a ellas. No obstante, hace tres referencias a “la comunión fraterna” (DP 13), a la “fraternidad de la comunión” (DP 7) y a “Una Iglesia capaz de comunión y de fraternidad” (DP 9).

37. El título del documento conclusivo de la V Conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe, “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos tengan en Él vida” (Aparecida, 2007), expresa adecuadamente nuestro ser cristiano.

del Señor. De esa manera, viviendo de él, podremos dar a otros la vida que él nos da. Por tanto, caminar juntos es escuchar juntos al Maestro en el evangelio y hacer en nuestra situación el equivalente a lo que él hizo en la suya, y es también participar juntos de él en la cena del Señor (1 Cor 11,20), para formar el cuerpo de Cristo, en el cual cada quien contribuye con el don recibido.

Esta comunidad de hermanas y hermanos es su visibilidad en la historia, que prosigue explícitamente su misión. Por eso, no puede ser una comunidad centrada en sí misma y proselitista. Sino una comunidad encarnada, como Jesús de Nazaret, en su situación, desde los de abajo. Por tanto, ha de hacerse hermana de todos, desde los pobres y sin excluir a nadie³⁸. Así lo expresa el *Vademécum*:

Este proceso sinodal tiene una dimensión profundamente misionera. Está destinado a permitir que la Iglesia testifique mejor el Evangelio, especialmente con aquellos que viven en las periferias espirituales, sociales, económicas, políticas, geográficas y existenciales de nuestro mundo (V 1.4).

La sinodalidad dentro de la comunidad cristiana tiene que expresarse como fraternidad universal. La comunidad no puede instalarse, sino seguir a Jesús. Por tanto, tiene que vivir en el camino, no para conquistar, sino para entregarse como su Maestro con su Espiritu.

Las razones para recorrer juntos este camino son múltiples, pero convergentes. Nuestra meta y, por tanto, nuestro horizonte y nuestro programa es contribuir a que este mundo insolidario se constituya en una sola familia de las hijas y los hijos de Dios, en Jesús de Nazaret, el Hijo único y el Hermano universal. Según el cuarto evangelio, en eso consiste la misión, puesto que Jesús “ha venido a reunir en uno (es decir, en una sola familia) a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52). Obviamente, la misión no puede reducirse a la proclamación, aun cuando esté completamente convencida. Si el modo de producción determina el producto, solo quienes marchan juntos, en una fraternidad abierta, pueden pretender realmente hacer de la humanidad una familia de pueblos. Por eso, lo primero que hizo Jesús, fue reunir un grupo de discípulos (Jn 1,35-51; Mc 1,16.20). Solo un grupo fraterno puede convocar a la familia de las hijas y los hijos de Dios. De ahí que Jesús pidiera a sus discípulos que, en la misión, fueran de dos en dos (Mc 6,7; Lc 10,1). Marchar juntos es, así, el embrión de ese pueblo fraternal.

38. “Una Iglesia capaz de comunión y de fraternidad, de participación y de subsidiariedad, en la fidelidad a lo que anuncia, podrá situarse al lado de los pobres y de los últimos y prestarles la propia voz” (DP 9).

En la actualidad, esto es especialmente relevante, porque el mundo no marcha en esa dirección, sino en la opuesta. Cada uno busca su propio provecho, desconociendo el bien común. Por eso, el papa insiste: “El mundo en el que vivimos, y que estamos llamados a amar y servir también en sus contradicciones, exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias en todos los ámbitos de su misión. Precisamente, el camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”³⁹.

En la Iglesia del segundo milenio, al menos hasta el concilio Vaticano II, no hubo sinodalidad. La institución eclesial monopolizó la misión de Cristo y no entendió cómo propagar la fraternidad de las hijas y de los hijos de Dios. Su meta era extender la institución eclesial a todos los pueblos.

El camino de la sinodalidad, el caminar juntos, no es un modo de vivir cerrado, corporativo⁴⁰. La sinodalidad acontece cuando no se absolutiza la condición de pueblo de Dios, sino que esta se pone al servicio de la misión, en concreto, como sacramento de unidad del género humano. “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”. Así lo expresa el *Documento preparatorio*:

La perspectiva del “caminar juntos” [...] abraza a toda la humanidad, con la que compartimos “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias” (GS 1). Una Iglesia sinodal es un signo profético sobre todo para una comunidad de las naciones incapaz de proponer un proyecto compartido, a través del cual conseguir el bien de todos: practicar la sinodalidad es hoy para la Iglesia el modo más evidente de ser “sacramento universal de salvación” (LG 48), “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG 1)” (DP 15).

Esto solo será posible si, en la Iglesia, la sinodalidad, el caminar juntos, acontece en el nivel más básico de nuestra condición común de cristianos, la condición absoluta, sagrada y eterna. Las distintas vocaciones y los carismas están a su servicio, pero solo son lo que Dios quiere si están arraigadas efectivamente en la primera comunión o eclesialidad, esto es, en el caminar juntos como cristianos. Pero ese no ha sido el camino de la Iglesia, hasta que llegó el concilio

39. Papa Francisco, “Commemoración del 50.º aniversario de la institución del sínodo de los obispos”, o. c.

40. El *Vademécum* insiste en que “La sinodalidad no es un ejercicio estratégico corporativo. Más bien es un proceso espiritual que es guiado por el Espíritu Santo. Podemos sentirnos tentados a olvidar que somos peregrinos y siervos en el camino marcado para nosotros por Dios” (V 2.4).

Vaticano II, cuyo magisterio, desgraciadamente, todavía no ha sido recibido por la mayor parte de la institución eclesiástica.

Ahora bien, el ejercicio asiduo de las distintas vocaciones cualifica enormemente la primera eclesialidad, es decir, el llevarnos mutuamente en la fe, en el amor fraterno y en la vida. Según el Vaticano II, el pueblo de Dios lo constituimos todos los cristianos, lo cual incluye tres vocaciones: la jerarquía, la vida religiosa y el laicado. En consecuencia, caminar juntos implica que cada miembro del pueblo de Dios se hace cargo de la prioridad de esa pertenencia compartida sobre su vocación particular, la cual está en función del caminar en común. Así lo expresa la Comisión Teológica Internacional, al hablar de la *Lumen gentium*:

La secuencia: misterio de la Iglesia (cap. 1), pueblo de Dios (cap. 2), constitución jerárquica de la Iglesia (cap. 3), destaca que la jerarquía eclesiástica está puesta al servicio del Pueblo de Dios con el fin de que la misión de la Iglesia se actualice en conformidad con el designio divino de la salvación, en la lógica de la prioridad del todo sobre las partes y del fin sobre los medios⁴¹.

Según el *Vademécum*, “La participación se basa en el hecho de que todos los fieles están calificados y están llamados a servir unos a otros, a través de los dones que cada uno ha recibido del Espíritu Santo” (V 1.4). Por consiguiente, si la jerarquía sirve horizontalmente al pueblo de Dios, en cuanto forma parte de él, el pueblo en su conjunto se potencia.

El “caminar juntos” no es una empresa fácil. Así lo reconoce el papa Francisco, quien señala que “caminar juntos —laicos, pastores, Obispo de Roma— es un concepto fácil de expresar con palabras, pero no es tan fácil ponerlo en práctica”. La dificultad estriba en que la Iglesia, al estar en este mundo, tiende a imitar inconscientemente la estructura jerárquica de la sociedad. Pese a ello, el papa insiste en que “debemos proseguir por este camino”, porque, volvemos a repetir, “el camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”⁴².

Porque la Iglesia no es otra cosa que el “caminar juntos” de la grey de Dios por los senderos de la historia que sale al encuentro de Cristo el Señor —entendemos también que en su interior nadie puede ser “elevado” por encima

41. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida*, 54, o. c.

42. Papa Francisco, “Commemoración del 50.º aniversario de la institución del sínodo de los obispos”, o. c.

de los demás. Al contrario, en la Iglesia es necesario que alguno “se abaje” para ponerse al servicio de los hermanos a lo largo del camino⁴³.

A diferencia de la sociedad, explica el papa Francisco:

En esta Iglesia, como en una pirámide invertida, la cima se encuentra por debajo de la base. Por eso, quienes ejercen la autoridad se llaman “ministros”: porque, según el significado originario de la palabra⁴⁴, son los más pequeños de todos. Cada Obispo, sirviendo al Pueblo de Dios, llega a ser para la porción de la grey que le ha sido encomendada, *vicarius Christi*, vicario de Jesús, quien en la Última Cena se inclinó para lavar los pies de los apóstoles (*cf.* Jn 13,1-15). Y, en un horizonte semejante, el mismo Sucesor de Pedro es el *servus servorum Dei*⁴⁵.

La vida de Jesús muestra que la autoridad es servicio. En un determinado momento, pide a sus apóstoles que se desmarquen radicalmente del orden establecido:

“ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser primero, que se haga esclavo” (Mt 20,25-27). “Entre ustedes no debe suceder así”: en esta expresión alcanzamos el corazón mismo del misterio de la Iglesia —“entre ustedes no debe suceder así”— y recibimos la luz necesaria para comprender el servicio jerárquico⁴⁶.

El ejemplo más claro lo encontramos en los llamados, con toda razón, “padres de la Iglesia latinoamericana”. Desde Proaño hasta Romero, pasando por Angelelli, Alvear, Hélder Câmara, Lorscheider...⁴⁷. Todos ellos vivieron en

43. *Ibidem*.

44. La voz *ministro* se deriva del latín *minister*, que significa *sirviente* o *criado*, también ayudante. Procede de la raíz *minus*, menor, menos, miniatura. Es lo opuesto a *magister*, de donde se derivan *magistrado* y *maestro*, el nivel más alto en sus estamentos respectivos.

45. Papa Francisco, “Commemoración del 50.º aniversario de la institución del sínodo de los obispos”, o. c.

46. *Ibidem*.

47. J. Comblin dedica varios trabajos a estudiarlos y a rendirles homenaje. El primero, más conceptual, es “Los obispos de Medellín”, en *10 palabras sobre la Iglesia en América Latina*, pp. 41-77 (Estella, 2003). El segundo, su contribución al homenaje que se le tributó con motivo de sus ochenta años, es más vivencial, “Saudades da América Latina”, en *A esperança dos pobres vive, coletânea em homenagem aos 80 anos de José Comblin*, pp. 721-732 (São Paulo, 2003). Ver también “Los santos padres de América Latina”, *Revista Latinoamericana de Teología* 65 (2005), 163-172.

el seno de su pueblo y agradecieron lo que recibieron de él. Por eso, aportaron mucho. Casi se puede decir que con su servicio, tan perseverante y tan ajustado a la realidad, lo marcaron de tal manera, que se puso en pie. Dicho de otra forma, ayudaron a sus pueblos a tomar las riendas de su vida y a asumir su condición de sujetos fraternos y filiales.

2.4. Caminamos al encuentro con Jesús de Nazaret, nuestro camino

El sentido del camino tiene otra connotación para los cristianos. Caminamos hacia el encuentro con Jesús de Nazaret, quien nos hace hermanos e hijos de Dios y que vive en el seno del Padre, en la comunidad divina. Vive en ella no solo como Hijo único y eterno del Padre, sino también como Hermano nuestro. Un hermano que nos lleva en su corazón y que nos ha destinado a participar con él, en la misma comunidad divina. De ahí que, para nosotros, el camino no acaba en la muerte, sino en la comunidad divina.

El sentido de la vida como camino hacia el encuentro definitivo con Jesús, muy fuerte en la Iglesia de antaño, está bastante desvaído hoy. Si Jesús es nuestro Señor y nuestro Hermano, el encuentro definitivo con él es la meta entrañable de nuestra vida. Esta meta no deja de lado a los demás, porque cumplimos con su encargo de transformar una humanidad que se desconoce, en la fraternidad de las hijas y los hijos de Dios⁴⁸. Además, al encontrarnos con él como Hermano de todos, en él nos encontraremos con todos.

Más aún, él no es solo nuestro destino, sino también el camino por el que vamos (Jn 14,4-6)⁴⁹. Por eso, vamos en seguimiento suyo y nos definimos como sus seguidores. No como imitadores, porque la imitación no admite la autenticidad, ni la plenitud humana. La imitación no humaniza. Asimismo, como las situaciones son distintas, la imitación falsearía lo que él pretendió. No se trata de hacer lo mismo que él, sino lo equivalente, en nuestra propia situación. Se trata, pues, de seguirlo con fidelidad creativa. Buscamos hacer en nuestra situación el equivalente a lo que él hizo en la suya. Y dado que se encarnó en su pueblo por abajo y que quiso reunir a los hijos de Dios dispersos (Jn 11,52), la llamada personal, la vocación, es, en realidad, una convocación. Es una llamada

48. Pablo insiste en ello a sus queridos filipenses: “Para mí, el vivir es Cristo y morir, una ganancia. Pero si mi vida corporal va a producir fruto, no sé qué escoger. Las dos cosas halan de mí: mi deseo es morir para estar con Cristo y eso es mucho mejor; pero para ustedes es más necesario que siga viviendo. Por eso estoy convencido [de] que seguiré con ustedes para que progresen y se alegren en la fe” (Flp 1,21-25).

49. “Es el ‘Señor Jesús que se presenta a sí mismo como el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6)’, y ‘los cristianos, sus seguidores, en su origen fueron llamados los discípulos del camino’ (cfr. Hch 9,2; 19,9.23; 22,4; 24,14.22)” (DP 10).

a caminar juntos, como hermanas y hermanos, sembrando la fraternidad de las hijas y los hijos de Dios, hasta que todos estemos en su corazón, en la comunidad divina, como hijos en el Hijo⁵⁰. La Comisión Teológica Internacional recoge estos sentidos:

La sinodalidad manifiesta el carácter peregrino de la Iglesia [...] expresa su dimensión social, histórica y misionera, que corresponde a la condición y a la vocación del ser humano como *Homo viator*. El camino es la imagen que ilumina la inteligencia del misterio de Cristo como el Camino que conduce al Padre. Jesús es el Camino de Dios hacia el hombre y de estos hacia Dios. El acontecimiento de gracia con el que Él se hizo peregrino, plantando su tienda en medio de nosotros (Jn 1,14), se prolonga en el camino sinodal de la Iglesia⁵¹.

3. Los elementos del caminar juntos

Una vez establecido que la sinodalidad es el modo de ir haciéndonos cristianos, vamos a especificar la manera concreta del caminar juntos, según el *Documento preparatorio*, el *Vademécum* y un artículo mío, titulado “La cultura de la democracia”⁵². El primer elemento, el más difícil, es *la comunión*. Se suele exhortar mucho a la comunión, se habla de ella y se la alaba, pero, por lo general, sin explicitar un contenido analítico. Así, pues, la comunión tiende a ser muy valorada, pero, en realidad, es poco operativa.

La primera acepción de comunión, según el diccionario, es “participación en lo común”, y la segunda, “trato familiar, comunicación de unas personas con otras”. Si bien esta acepción es la más popular, los cristianos tenemos que comunicarnos familiarmente, la primera, aunque genérica, es la propia. La cuestión es, entonces, qué es lo común de lo cual todos los cristianos participamos. Todos participamos de la fraternidad de Jesús, razón por la cual todos hemos recibido el mismo Espíritu, que nos hace ser hijos del Padre, en el Hijo único, y hermanos en el Hermano universal. En un segundo momento, cada uno ha de apropiarse de lo recibido, esto es, ha de obedecer al impulso del Espíritu, que nos hermana en la fraternidad de las hijas y los hijos de Dios. Por tanto, lo

50. Sin referirse a ello explícitamente, el *Vademécum* habla de la inclusión total. “Vemos a lo largo de los evangelios cómo Jesús llega a todos. Él no solo salva a las personas individualmente, sino que reúne al pueblo en comunidad, como el único Pastor de todo el rebaño (cfr. Jn 10,16). El ministerio de Jesús nos muestra que nadie está excluido del plan de salvación de Dios” (V 2.1).

51. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida*, o. c., 49.

52. P. Trigo, “La cultura de la democracia”, en *Relaciones humanizadoras: un imaginario alternativo*, pp. 49-131 (Santiago de Chile, 2013).

común es Jesús como Hermano, el Espíritu de hijos y hermanos, y el Padre, en el Hijo único. Participar de lo común, es decir, comulgar los unos con los otros, es aceptarnos como hermanos en Jesús de Nazaret, lo cual implica dejarnos llevar por el mismo Espíritu de hermanos, considerarnos hijos del mismo Padre y seguir a Jesús. La comunión está arraigada en el acto mismo de ser cristianos. Por consiguiente, solo podremos comulgar entre nosotros en la medida en que seamos cristianos. Pero solo lo seremos si comulgamos los unos con los otros como hermanos en Jesús, quien nos hermana. Cualquier otro vínculo no es una comunión cristiana.

La comunión se da, pues, en el corazón de Jesús de Nazaret, quien nos lleva incondicionalmente a todos. Su trascendencia consiste en que, al realizarla a través de la fraternidad en Jesús, participamos, en último término, en la comunión de la Trinidad. Así lo expresa el *Vademécum*: “La comunión que compartimos encuentra sus raíces más profundas en el amor y la unidad de la Trinidad. Es Cristo quien nos reconcilia con el Padre y nos une unos a otros con el Espíritu Santo” (1.4). Por eso, la comunión es sagrada, a pesar de los malentendidos, las divergencias y los conflictos. Las divergencias entre las corrientes cristianas son, hasta cierto punto, normales. Pero para permanecer en el espíritu cristiano, no pueden poner en peligro la comunión. Más aún, preservarla por encima de las diferencias es una muestra de aprecio y de compromiso cristiano⁵³.

Ahora bien, si decimos que vivimos en comunión, tenemos que cultivarla. Jesús se ha hecho nuestro Hermano, pero nos corresponde aceptar esa fraternidad, asumiéndonos como hermanos y, en él, como hermanos de todas y de todos. La fraternidad ha de ser puesta en práctica en todas las ocasiones. Si no la actualizamos en nuestras acciones, la perdemos, aunque Jesús siempre la mantiene, lo cual nos permite recuperarla en el futuro. Por consiguiente, la comunión no es un estado, sino la unión de unos con otros y de todos con todos, sin excluir a nadie. La comunión es una actitud vital, que hemos de actualizar constantemente⁵⁴. Tanto en la vida diaria como en la Iglesia y en todo lo que hacemos. Esta es la manera de cultivar y de expresar nuestro cristianismo en la vida.

53. En los años postconciliares y después de Medellín, la Compañía de Jesús, en particular, los teólogos, tuvimos serias desavenencias con bastantes obispos. Cada cierto tiempo, el secretario de la conferencia episcopal me llamaba y se despedía siempre de la misma manera: “acuérdense, padres, que están en la rayita, aunque tengo que reconocer que están en la parte de dentro de la rayita”. Quería decir que reconocía que no tenía ninguna duda de que para nosotros, ellos eran nuestros obispos y que discutíamos porque nos sentíamos dentro y responsablemente implicados.

54. La comunión y la participación dan el tono al documento de Puebla. Además de un apartado (1.12, 211-219), la palabra comunión aparece 197 veces.

Vernos, sentirnos y actuar, no como un yo, que solo considera sus propias metas, sino como un nosotros, que tiene en su corazón a los demás y actúa en función del bien común, es una actitud vital contraria a la dirección dominante, en la figura histórica actual. Por eso, esa actitud ha de ser elegida, querida y puesta en práctica consciente y asiduamente. La individualidad se desarrolla desde la entrega a los demás. La comunión como ideología de la institución, aun cuando la confiese con sinceridad, pero sin asumirla, no es operante. La comunión es verdadera cuando, al igual que Jesús y en la medida del don recibido, llevo a los demás en mi corazón, me siento su hermano y, en ese sentido, los quiero. Lo menos que puedo hacer es pedir a Dios por ellos, tomando en cuenta la diversidad de las situaciones, no rutinariamente, sino de manera personalizada. Otra manifestación ineludible es no vivir ensimismado, ni corporativamente, sino en la realidad. Me entero de lo que sucede, me intereso en ello, adopto una postura desde la perspectiva del bien común y hago lo posible para que estén bien, sobre todo, los más vulnerables, los pobres y los excluidos.

La tarea fundamental consiste, por tanto, en asumir *la responsabilidad* de hacernos humanos y cristianos juntos. A esto se refiere el concilio Vaticano II, al declarar que “somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia” (GS 55). El concilio pide tomar a los demás como hermanos, no como meros individuos, y ejercitar esa responsabilidad de una forma tan profunda, personal y constante, que nos defina. El hacerse cargo de los demás y el asumir esa responsabilidad fraterna no se dan en el vacío, ni en el orden establecido y, menos aún, en un grupo corporativo, sino entre personas, ancladas en la realidad histórica. Este modo de ser es tan alternativo al predominante, que constituye un nuevo humanismo, uno que humaniza. Cuando solo nos atenemos a las cualidades que llevan al éxito, nos deshumanizamos.

En su primera interpelación a los seres humanos, Dios pregunta por esa responsabilidad. Dios le preguntó a Caín: “¿dónde está tu hermano?”. Y este respondió: “¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?”. (Gn 4,9). Es la respuesta de un asesino. En realidad, Caín mató a Abel antes, cuando lo expulsó de su corazón. Los demás tienen que estar dentro de nosotros, así como nosotros tenemos que aceptarnos dentro de los demás. De ahí que esa responsabilidad se exprese con el verbo *cuidar* a los demás y aceptar que los demás nos cuiden⁵⁵. Naturalmente, todo ello desde la libertad, la gratuidad e incluso la discreción. La responsabilidad y el cuidado comprenden *la ayuda* mutua, horizontal, gratuita y sin avasallar.

55. L. Boff, *El cuidado esencial* (Madrid, 2002).

La sinodalidad pide hablar, escuchar, dialogar y llegar a acuerdos⁵⁶. *Hablar* es la forma más elemental de ejercer la pertenencia, ya que pone fuera de sí y a disposición de todos, lo que se tiene dentro. Por tanto, hablar expone y es, al mismo tiempo, un ejercicio de confianza. Impide reservar datos que pongan en ventaja sobre los demás. Muchos no hablan, porque no son escuchados, ya que, según los criterios del orden establecido, no tienen nada que decir. Por eso, los documentos sinodales enfatizan la necesidad de esforzarse para que los pobres y los alejados, que se sienten despreciados por ser pecadores, hablen. Dos tentaciones deben evitarse al hablar: el narcisismo y el afán de dominio⁵⁷. Hablar responsablemente requiere información y, más radicalmente, vivir en la realidad. Por tanto, se debe evitar vivir centrado en uno mismo y en la opinión.

Hablar responsable y cristianamente supone *escuchar*, no solo a los demás y a la realidad, sino también a Dios y a Jesús, y dejarse llevar por el Espíritu. Ese es el sentido literal de la voz *responsabilidad*, que viene del latín *responsa*. Responsabilidad es la respuesta creativamente fiel a lo que Dios va diciendo. Por eso, hablar supone un clima de oración, entendida como apertura radical a lo que Él quiera decir. Los documentos sinodales señalan que el hablar y el escuchar trascendentes se fundamentan en *la escucha de la Palabra*⁵⁸, en particular, del evangelio, y en la recepción de Jesús en *la cena del Señor*⁵⁹. De lo contrario, esta se reduce a un mero rito. El Maestro convoca a los discípulos y se les hace realmente presente en la palabra y en el pan y el vino. Lo primero es la Palabra, para que la comunión sea con Jesús de Nazaret y no con una proyección idealizada y sacralizada por el grupo o por la institución. Así, pues, el fundamento de la escucha mutua es la escucha de todos al Señor Jesús.

Los documentos sinodales insisten también en la necesidad de *escuchar* al *Espíritu*, personal y grupalmente, y en la necesidad de *discernir*. El *Vademécum* pide “atender las indicaciones del Espíritu Santo, que viene a guiar nuestros esfuerzos humanos, soplando vida y vitalidad a la Iglesia y llevándonos a una comunión más profunda para nuestra misión en el mundo” (V 1.2). Al escuchar a los demás, escuchamos lo que el Espíritu nos dice, a través de ellos. “Nos escu-

56. “La esperanza es que la experiencia del proceso sinodal traiga consigo una nueva primavera para la escucha, el discernimiento, el diálogo y la toma de decisiones, para que todo el Pueblo de Dios pueda trabajar mejor, juntos entre sí y con toda la familia humana, bajo la guía del Espíritu Santo” (V 3.5).

57. “Es vano tratar de imponer las ideas de uno en todo el Cuerpo a través de la presión o al desacreditar a aquellos que sienten diferente” (V 2.4).

58. “El corazón de la experiencia sinodal es escuchar a Dios, a través de la escucha de unos a otros, inspirados por la Palabra de Dios” (V 4.1).

59. “‘Caminar juntos’ solo es posible si se basa en la escucha comunitaria de la Palabra y la celebración de la Eucaristía” (V 5.3).

chamos unos a otros para escuchar mejor la voz del Espíritu Santo hablando en nuestro mundo de hoy” (V 4.1). Asimismo, en la lectura y la contemplación del evangelio, escuchamos lo que el Espíritu de Jesús nos quiere decir. “El Espíritu enviado por Cristo no solo confirma la continuidad del evangelio de Jesús, sino que ilumina las profundidades siempre nuevas de la Palabra de Dios e inspira las decisiones necesarias para sostener el camino de la Iglesia y vigorizar su misión (cfr. Jn 14,5-26; 15,26-27; 16,12-15)” (DP 16)⁶⁰.

La sinodalidad exige el discernimiento del Espíritu. Sin él, no hay sinodalidad, porque siempre se agitan varios espíritus y, por consiguiente, hay que distinguir en cuáles actúa el Espíritu de Jesús. En su trascendencia, el Espíritu actúa a través de los demás, no al margen de ellos. No basta con sentir al Espíritu, tal como está de moda en ciertos ambientes cristianos, sino también escrutar sus movimientos en nosotros. Los padres del desierto insistieron mucho en la necesidad de este discernimiento y elaboraron criterios básicos para ello. En la *Autobiografía* de san Ignacio, el discernimiento es un tema recurrente. Su autor relata cómo Dios lo fue llevando, a través de sucesivos discernimientos. Los criterios, derivados de esa experiencia, están expresados en los *Ejercicios espirituales*⁶¹. Los documentos sinodales destacan el discernimiento porque tanto la sociedad postmoderna como la institución eclesial establecida lo ignoran⁶².

El otro elemento del caminar juntos es *la participación*⁶³, tal como lo señala el *Vademécum*.

Todos nosotros estamos llamados en virtud de nuestro Bautismo a ser participantes activos en la vida de la Iglesia. En las parroquias, en las pequeñas comunidades cristianas, en los movimientos laicos, en las comunidades religiosas y en otras formas de comunión, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, todos estamos invitados a escucharnos, para a su vez atender las indicaciones del Espíritu Santo (V 1.2).

-
60. DP 16; “apreciemos donde el Espíritu Santo está generando vida y veamos cómo podemos dejar que Dios trabaje más plenamente (V 2.4).
 61. P. Trigo, “Seguir al Espíritu según Ignacio de Loyola”, “Ignacio hoy” y “Los tres discernimientos de Ignacio según la *Autobiografía*”, en *El carisma ignaciano ayer y hoy* (en prensa).
 62. “La experiencia de la sinodalidad no debe centrarse ante todo en las estructuras, sino en la experiencia de caminar juntos para discernir el camino a seguir, inspirados por el Espíritu Santo” (V 2.4).
 63. Ya hemos expresado que comunión y participación son los dos elementos característicos de Puebla. En realidad, ambos forman una endiádis: comunión participada y participación comunal.

Aunque esto requiere superar muchas malformaciones, el Señor que nos convoca nos lo pide claramente.

La participación conlleva *la corresponsabilidad*, en la toma de decisiones. La corresponsabilidad es indispensable para que la fraternidad de las hijas y los hijos de Dios, unidos en una sola familia, sea realidad en la vida cotidiana. La responsabilidad no es una cuestión de individuos sueltos, sino de hermanas y hermanos, que así la convierten en corresponsabilidad. Ciertamente, todo se vuelve más complejo, pero la corresponsabilidad tiene que darse, si en verdad queremos actuar como una sola familia. Por eso, la corresponsabilidad en la toma de decisiones se fundamenta, necesariamente, en la corresponsabilidad en la vida cotidiana de la Iglesia.

La Comisión Teológica Internacional señala como elementos fundamentales de la sinodalidad “la escucha comunitaria de la Palabra y la celebración de la Eucaristía, la fraternidad de la comunión y la corresponsabilidad y participación de todo el Pueblo de Dios, en sus diferentes niveles y en la distinción de los diversos ministerios y roles, en su vida y en su misión” (70). Está claro, entonces, que la sinodalidad es una “dimensión constitutiva de la Iglesia”⁶⁴.

4. La práctica cotidiana de la sinodalidad

La sinodalidad en la Iglesia latinoamericana debería ser una práctica tan extendida y tan densa como para marcarnos como cristianos latinoamericanos. Pienso que esta podría ser nuestra mayor contribución a la construcción de una sociedad como cuerpo social y a la democracia.

Tengo el convencimiento de que el sínodo sobre la sinodalidad y los encuentros sobre el tema, en los diversos países y diócesis, no cambiarán sustancialmente la fisonomía de la Iglesia hasta que la sinodalidad no sea una práctica habitual. Hasta que las vocaciones del pueblo de Dios no nos llevemos en la fe y en el amor mutuo, en la vida cotidiana; hasta que los sacerdotes y los obispos no nos vayamos haciendo cristianos junto con los laicos; y, más restringidamente, hasta que la jerarquía no prescinda de la dimensión cristiana como su dimensión básica, aun cuando dicha dimensión esté coloreada por su vocación jerárquica, la sinodalidad no será una realidad. Por eso, el *Documento preparatorio* insiste en la necesidad de rescatar “todas aquellas experiencias en las que se experimentan formas de ‘caminar juntos’ *en la vida ordinaria*, incluso cuando ni siquiera se conoce o se usa el término sinodalidad” (DP 25; la cursiva es nuestra). Asimismo, el *Vademécum* declara que “la sinodalidad debe expresarse

64. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida*, o. c., 70; DP 27.

en la forma ordinaria de vivir y trabajar de la Iglesia” (V 1.2). El sínodo pide edificar la Iglesia no sobre doctrinas, sino sobre la vida de fe de las personas. “Debemos evitar el riesgo de dar mayor importancia a las ideas que a la realidad de la vida de fe que las personas viven de manera concreta” (V 2.3).

Muchos sacerdotes se consideran cristianos y cultivan esa dimensión, pero privada y subsidiariamente, esto es, para ser buenos pastores. Pocos piensan y sienten que, en el fondo, son cristianos, pero que no pueden serlo en solitario, porque ser cristiano es vivir la fraternidad de las hijas y los hijos de Dios. Esto pide que la relación horizontal, gratuita, abierta y, a poder ser, mutua guíe su vida. En consecuencia, el ministerio ordenado es un oficio recibido, cuya finalidad es potenciar esa relación básica en la Iglesia y fuera de ella.

Sorprende la actualidad del orden en términos romanos, cuando su significado original se ha perdido. La ordenación presbiteral o episcopal da acceso al orden de los presbíteros o de los obispos, un estamento privilegiado⁶⁵, que separa del pueblo, aun cuando sea para servirlo. El orden como estatus todavía se mantiene y permite que “los ordenados” se coloquen por encima del pueblo.

No pocos presbíteros, tal vez la mayoría, tienen este sentimiento. Por eso, no comprenden que ahora se les pida hacerse cristianos con los demás cristianos no ordenados. Ni siquiera entienden que tengan que hacerse cristianos, ya que si han sido ordenados, es porque han sido reconocidos como tales. La relación no es mutua, ya que unos ayudan y los otros son ayudados. Conviene en que la relación ha de ser humilde y que, en ningún caso, puede ser despótica. Pero no entienden que tengan que establecer relaciones horizontales y mutuas con los laicos, ni que esas relaciones los hagan cristianos o que, a través de ellas, se concrete la fraternidad de los hijos de Dios. Dicho de otra manera, antes de actuar como agentes pastorales, deben ser pacientes pastorales, esto es, tienen que ser ayudados siempre y solo de esa manera pueden ayudar genuinamente.

Hasta que no distingan entre su ser cristiano, lo sagrado y lo eterno, y su ministerio jerárquico, que cualifica y potencia la fraternidad en ellos y en los demás, no habrá sinodalidad. Hasta que no ejerzan el ministerio a partir de un asiduo ejercicio cristiano, no habrá sinodalidad. Ahora bien, ese ministerio solo puede ser ejercido si es valorado. Pero si no practican la relación primordial de llevarse mutuamente en la fe, en el amor y en la ayuda concreta, en los diversos

65. Los órdenes romanos eran los siguientes: los senadores, los caballeros y los decuriones. Constantino, al ordenar que los obispos fueran llevados al concilio de Nicea en literas senatoriales, los asimiló a ese orden, el primero de los tres. A la larga, solo los obispos de las diócesis más importantes fueron considerados como los senadores, los demás fueron tenidos como los caballeros, y los presbíteros, como los decuriones.

aspectos de la vida cotidiana, y si no ejercen el ministerio en orden a dicha relación, ¿cómo la van a valorar?

El cambio de actitud puede producirse al constatar la poca densidad de la definición del sacerdote o al confiar en quienes promueven la sinodalidad, comenzando por el papa. Si el cambio no se produce, no podremos ser cristianos y el cristianismo se reducirá a una religión. Otra posibilidad es que otros cristianos se relacionen con él, en esta dimensión básica, de un modo tan excelente y gratificante, que la apertura se produzca⁶⁶. En este sentido, el *Vademécum* declara que “Dios nos alcanza a través de otros y llega a otros a través de nosotros, a menudo de maneras sorprendentes” (V 4.1).

Así, pues, el verdadero cambio no se dará hasta que, de un modo u otro, una masa crítica practique la sinodalidad en la vida diaria. Entonces, podremos afirmar con verdad que nuestra Iglesia es realmente sinodal. “El corazón de la experiencia sinodal es escuchar a Dios a través de la escucha de unos a otros, inspirados por la Palabra de Dios. Nos escuchamos unos a otros para escuchar mejor la voz del Espíritu Santo hablando en nuestro mundo de hoy” (V 4.1). Este paso requiere, según el *Vademécum*, ir más allá de las dificultades para apreciar la acción del Espíritu Santo. “Fijarnos en los problemas solo nos llevará a sentirnos abrumados, desanimados y cínicos [...] apreciemos donde el Espíritu Santo está generando vida y veamos cómo podemos dejar que Dios trabaje más plenamente” (V 2.4).

El sentido y la pertinencia evangélica de la sinodalidad se pueden encontrar en el testimonio de quienes, a raíz del concilio y de su recepción latinoamericana, la vivieron habitualmente como una gracia trascendente. Nosotros lo hemos experimentado en las comunidades eclesiales de base⁶⁷ y lo seguimos experimentando, aun cuando en la actualidad estén muy disminuidas. En consecuencia, podemos dar testimonio de que ese modo de convivir y de llevarnos mutuamente, nos enriquece y nos humaniza. Conviene recordar que para nosotros los cristianos, ser humanos es ser hermanos de todos.

66. Esta es mi experiencia personal. Cuando comencé a ejercer el ministerio, en un medio popular en 1973, pensé que me había estado preparando desde 1959. Por tanto, ya era hora de que, sin descuidarme de mí mismo, me entregara completamente a los demás. Entonces, pensaba que mi modo de ejercer el apostolado era la pro existencia. Lo haría de la manera más humilde y horizontal posible, pero se trataba de entregarme a los demás. En contra de lo que supuse, me encontré que aquellos a quienes me entregaba, me ayudaban mucho. Me abrí agradecido a ellos y comprendí que la relación era mutua y que, a la larga, yo salía ganando.

67. P. Trigo, “Comunidades eclesiales de base”, en *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*, pp. 139-229 (Miami, 2008).

Una valiosa ayuda para vivir la sinodalidad cristiana es entenderla como el modo de ser humanos, ya que estamos en camino de constituirnos en cuanto tales. Solo podremos llegar a ser humanos con calidad humana si, en el caminar de unos con otros, construimos relaciones horizontales, gratuitas y abiertas. Es necesario comprender que ser cristianos es una explicitación de ser humanos. Llegamos a ser humanos siguiendo a Jesús de Nazaret, el prototipo de humanidad. Él es la Imagen plena de Dios, a cuya imagen hemos sido creados, y, por tanto, el arquetipo de humanidad. Él nos humaniza con su relación, al atraernos desde el Padre con el peso infinito de su humanidad. En él, “habita la plenitud de la divinidad corporalmente” (Col 2,9) y, por eso, es el parámetro que mide el grado de humanidad de cada ser humano.

Si una masa crítica de cristianos convive de forma personalizada, discierne qué demanda la situación y se ayuda a vivirla, lo cual supone un ejercicio constante de deliberación⁶⁸, provocará que como ciudadanos, pongamos en común nuestros haberes para constituir cuerpos sociales, en cuyo seno no sepamos vivir sin deliberar. Cuando esto sea una realidad, según el *Documento preparatorio*, se habrá constituido “la comunidad cristiana como sujeto creíble y socio fiable en caminos de diálogo social, sanación, reconciliación, inclusión y participación, reconstrucción de la democracia, promoción de la fraternidad y de la amistad social” (DP 2). Por eso, el *Vademécum* precisa que la sinodalidad tiene dos niveles. “Primero, viajamos juntos, unos con otros, como el Pueblo de Dios. También, viajamos juntos como pueblo de Dios con toda la humanidad. Estas dos perspectivas se enriquecen mutuamente y son útiles para nuestro discernimiento hacia una comunión más profunda y una misión más fructífera” (V 5.3). “Este camino juntos no solo nos une más profundamente unos con otros como Pueblo de Dios, sino que también nos envía a perseguir nuestra misión como un testimonio profético que abarca a toda la familia de la humanidad” (V 1.1).

Si en el ámbito trascendente, que se realiza en la cotidianidad, nos acostumbramos a deliberar, para buscar juntos el camino y para recorrerlo juntos, en el ámbito político, no aceptaremos ser una mera masa, que aplaude o protesta las decisiones de quienes mandan. Sino que intentaremos, por todos los medios, vivir en la esfera política lo que ya vivimos en la trascendente.

Solo así podremos encaminarnos hacia una alternativa realmente superadora en el ámbito político. Es difícil que la deliberación comience por aquí. De ahí

68. Deliberar, según el diccionario de la Real Academia, es “Considerar atenta y detenidamente el pro y el contra de los motivos de una decisión, antes de adoptarla, y la razón o sinrazón de los votos antes de emitirlos”. Así, pues, según esta definición, la deliberación política viene después de la costumbre de decidir en la vida, sopesando pausada y analíticamente las razones.

que primero haya que practicarla en la familia, entre las amistades y los compañeros, en las asociaciones y los grupos. La política es una superestructura que descansa en lo social y lo interpersonal, de donde deriva su consistencia. Solo una consistencia fuerte le permitirá normar a los grupos económicos, en vez de caer en sus manos. Este es nuestro reto y aquí estriba el valor añadido de la sinodalidad, en nuestra América hoy.

El *Vademécum* señala, de una manera más genérica, que la sinodalidad no es, en último término, una cuestión que competa exclusivamente a la Iglesia, sino que está al servicio de la relación de Dios con la humanidad. En definitiva, busca que la humanidad, como una totalidad, camine hacia el reino. “La última perspectiva para orientar este camino sinodal de la Iglesia es servir al diálogo de Dios con la humanidad (*DV* 2) y caminar juntos al reino de Dios” (*V* 1.3).